



No es misericordioso quien se conmueve con el mal ajeno, sino quien hace algo por remediarlo

Escuché una vez que es humilde quien da a menudo las gracias y quien, también a menudo, pide perdón. Es decir, alguien que reconoce y agradece la ayuda de los demás y, a la vez, se da cuenta de sus errores al prestarla a otros. De la misericordia podría decirse lo mismo: solo quien se siente necesitado de misericordia es capaz de ser misericordioso, no de un modo superficial o sentimental, sino de un modo eficaz: decía **San Agustín** que no es misericordioso quien se conmueve con el mal ajeno, sino quien hace algo por remediarlo.

Hay un libro maravilloso de **Antoni Mari** que se titula [El vaso de plata](#). Para explicar algunas técnicas de escritura, suelo usar en clase [uno de sus relatos](#), titulado *Sufrir con paciencia las molestias y debilidades del prójimo*. Responde, como los otros trece, a una de las

obras de misericordia. Luego pregunto cuántos saben qué son las obras de misericordia. Nadie levanta la mano desde hace años. Después, para atormentarme, pregunto cuántos han asistido a clase de religión: casi todos.

Tenemos un problema de misericordia, porque nos creemos autónomos y autosuficientes. Quitamos a Dios de en medio, porque no queremos ni sus exigencias ni su perdón. Nos bastamos. Vamos mucho más allá que aquel hombre de la parábola al que se le había perdonado una deuda inmensa y, después, fue incapaz de perdonar a alguien que le debía un casi nada. Nosotros ni reconocemos la deuda. Por eso nos hemos quedado sin capacidad de perdonar a otros. Se ve en las familias, en el trabajo, en todas partes.

Juan Pablo II le dedicó su segunda encíclica y **Francisco** insiste ahora con su bula [El rostro de la Misericordia](#) que convoca el Año Santo. Nos hace falta.

Paco Sánchez, en lavoizdegalicia.es.